

to la agradaba , y como trataba con gentes de todos los partidos , los oia á todos ellos y podia preveer un choque inmediato. Era generosa y activa , y no podia permanecer indiferente á los sucesos , mas ántes era natural que procurara usar de su influjo á fin de reunir á los hombres que no se odiaban profundamente. Reunia en su tertulia republicanos , constitucionales y clichinos y procuraba suavizar la violencia de las discusiones adulando su amor propio con el tacto y delicadeza propias de una muger buena y superior. Pero participaba de la desgracia comun á todos los que se empeñan en reconciliar á los partidos , y los hombres mas opuestos entre sí principiaban á alejarse de su casa. Procuró ver á los miembros de las dos comisiones nombradas para responder al último mensaje del directorio , algunos de los cuales eran constitucionales , como Thibaudeau , Emery , Simeon , Tronzon Ducoudray y Portalis , á fin de influir por su medio en la redaccion de los dos informes importantísimos , como que eran nada menos que una respuesta al cartel del directorio. Fue mucho lo que se movió en aquellos dias Mma. de Staël por sí y por medio de sus amigos ; pero los constitucionales aunque deseaban la reconciliacion porque conocian el peligro , eran necesarios algunos sacrificios de su parte , y muy difícil arrancárselos. Si el directorio hubiese tenido ver-

daderas culpas y tomado medidas reprecensibles , hubiera podido negociarse la revocacion de algunas de ellas y hacer un tratado cediendo cada cual de su parte ; pero escepto la mala conducta privada de Barrás , la mayoría del directorio se habia conducido con cuanto celo y apego á la constitucion eran de desear. No se le podia reconvenir de ningún acto arbitrario ni de ninguna usurpacion de autoridad , pues que la administracion de la hacienda , que tanto se incriminaba , era un resultado forzoso de las circunstancias. Así , los únicos hechos que podian citarse como indicio de intenciones temibles era la mudanza de los ministros , el movimiento de las tropas , las representaciones de los ejércitos y el nombramiento de Augereau ; pero todas estas eran unas precauciones que habian llegado á ser indispensables con el peligro , y era necesario hacer que este desapareciese enteramente volviendo la mayoría al directorio para tener derecho de exigir que renunciase á sus precauciones. Por el contrario los constitucionales habian apoyado á los nuevos electos en todos sus ataques injustos ó indiscretos , y ellos eran los que debian retroceder , debiendo exigirse mucho de ellos y muy poco ó nada del directorio , lo cual hacia que fuesen imposibles los sacrificios reciprocos , é irreconciliable el amor propio.

Procuró Madama de Staël por sí ó por sus ami-

gos persuadirles á que el directorio estaba decidido á atreverse á todo, y que los constitucionales serian victimas de su obstinacion, perdiéndose con ellos la república. Pero estos en lugar de ceder reusaban toda especie de concesiones y se empeñaban en que habia de ceder el directorio. Se le habló á Rewbell y á Larveilliére, el último de los cuales sin negarse á la discusion, enumeró largamente los actos del directorio preguntando siempre cual de ellos era reprehensible, y los interlocutores se quedaban sin tener que responder. Ni uno ni otro quisieron condescender en despedir á Augereau ni en revocar las medidas ya tomadas para una resolucion próxima, y en el hecho mismo de no querer conceder nada dieron una prueba de que estaban firmes en su determinacion.

Insistieron mucho Madama Staël y los que la ayudaban en su laudable pero inútil empresa con varios miembros de las dos comisiones, á fin de que á lo menos no propusiesen medidas legislativas demasiado violentas, y sobre todo que al responder á los cargos enunciados en el mensaje del directorio evitasen recriminaciones peligrosas é irritantes. Todo aquello era inútil porque no hay ejemplo de que un partido siga jamas los consejos que se le dan. Habia en las dos comisiones algunos clichinos que deseaban, como era natural, las medidas mas violentas, empeñándose por de

contado en cometer al jurado criminal de Paris el conocimiento de los atentados hechos contra la seguridad del cuerpo legislativo, y exigir la salida de todas las tropas del círculo constitucional, llevando su empeño sobre todo á que este círculo no hiciese parte de ninguna division militar. El objeto de esta última disposicion era quitar el mando de Paris á Augereau, y ejecutar por medio de un decreto lo que no habian podido conseguir por las negociaciones. Adoptáronse aquellas medidas por las dos comisiones, pero Thibaudeau y Tronzon Ducoudray que estaban encargados de redactar el informe, el uno de los Quinientos y el otro de los Ancianos reusaron prudentemente presentar la última disposicion, por lo cual hubo de renunciarse á ella y se contentaron con las dos primeras. Leyó Tronzon Ducoudray su informe el 20 de agosto y Thibaudeau el 21 respondiendo indirectamente á las reconveniones del directorio y dirigiéndose Tronzon á los Ancianos, les instó á que interpusiesen su prudencia y dignidad, con los jóvenes legisladores de los Quinientos y la susceptibilidad de los gefes del poder ejecutivo. Procuró Thibaudeau justificar á los consejos, y probar que no habian querido atacar al gobierno ni calumniar á los ejércitos, insistiendo y esplicando la mocion de Dumolard relativa á Venezia. Aseguró que su intento no habia sido atacar al hé-

roe de Italia, pero sostuvo que todas aquellas creaciones suyas solo serian durables teniendo la sancion de los dos consejos. Quedaron aprobadas las dos insignificantes medidas propuestas y no produjeron el menor efecto aquellos dos informes tan ponderados; mas antes indicaban la impotencia á que ya estaban reducidos los constitucionales por su situacion ambigua entre la faccion realista y el directorio, no queriendo conspirar con la una, ni hacer concesiones al otro.

Se quejaron mucho los Clichinos de lo insignificante de aquellos informes y declamaron contra la debilidad de los constitucionales, provocando al combate los mas fogosos de entre ellos buscando sobre todo los medios para darle, y por eso preguntaban qué es lo que hacia el directorio para organizar la guardia nacional. Mas esto era precisamente lo que no queria el directorio, y estaba bien resuelto á no ocuparse de semejante cosa.

Todavia era mas estraña la situacion de Carnot que la del partido constitucional porque se puso mal con los Clichinos al ver la marcha que llevaban, y era enteramente inútil á los constitucionales no habiendo tomado parte en las tentativas de reconciliacion, porque era demasiado irritable para volverse á poner bien con sus colegas. Se veía solo y sin apoyo en medio del vacío, sin tener ningun objeto porque el del amor propio que habia

tenido al principio, le habia faltado y era imposible la nueva mayoria que habia esperado formar. Sin embargo por una ridícula obstinacion en sostener los votos de la oposicion en el directorio, pidió formalmente la organizacion de la guardia nacional, y aprovechándose del poco tiempo que le quedaba de presidencia, puso aquella materia en discusion. Entonces se levantó con firmeza Larveillière, el cual no habiendo tenido jamas disputa alguna personal con él, quiso hablarle por última vez con el objeto de atraerle á la opinion de sus compañeros, y dirigiéndose á él con suavidad y entereza le hizo algunas preguntas diciéndole: —Carnot ¿nos has oido alguna vez alguna proposicion que se dirigiese á disminuir las atribuciones de los consejos, aumentar las nuestras ó comprometer la constitucion de la república? — No, replicó Carnot, algo cortado. — ¿Nos has oido alguna vez en materias de guerra, de hacienda ó de diplomacia proponer alguna medida que no fuese conforme al interes público? En cuanto á tí personalmente, ¿nos has oido jamás disminuir tu mérito ó negar tus servicios? Desde que te separaste de nosotros ¿has podido ni puedes acusarnos de haber faltado á la consideracion á tu persona? ¿Ha sido tu dictámen menos escuchado cuando nos ha parecido útil y sinceramente propuesto? Por lo que hace á mí, añaa-

dió Larveilliére, aunque hayas pertenecido á una faccion que no solo me persiguió sino tambien á toda mi familia ¿ te he manifestado nunca la menor señal de ódio? — No, no, respondió Carnot á todas aquellas preguntas. — Pues bien, añadió Larveilliére, ¿ cómo puedes separarte de nosotros para unirme á una faccion que te engaña, que quiere servirse de tí para perder á la república, y perderte y deshonnarte despues de haberte perdido? — Usó Larveilliére de las espresiones mas amistosas y tiernas para demostrar á Carnot el error y peligro de su conducta; y aun el mismo Rewbell y Barrás, el primero por deber y el segundo por flexibilidad, hicieron treguas á su ódio y le hablaron casi como amigos. Pero hay ciertos orgullos en quienes producen nueva irritación las demostraciones amistosas, y Carnot no solo se quedó frio, sino que despues de todos estos discursos de sus cólegas, renovó secamente su propuesta de poner en discusion la organizacion de la guardia nacional. Entonces levantaron la sesion los directores y se retiraron convencidos, como sucede fácilmente en tales ocasiones, de que su cólega les vendia y estaba de acuerdo con los enemigos del gobierno.

Se determinó que la resolucion violenta recaeria tambien sobre él y sobre Barthelemy ni mas ni menos que sobre los principales miembros de

los consejos, y he aquí el plan en que se fijaron definitivamente. Estaban persuadidos los tres directores á que los diputados de Clichy tenian el secreto de la conspiracion, sin embargo de que no habian adquirido contra ellos ni contra Pichegrú ninguna prueba nueva que autorizase las vias judiciales. Por tanto fue preciso emplear la de una resolucion violenta. Tenian una minoría notoria en los dos consejos, á la cual se unirian todos los hombres indecisos que generalmente se irritan y alejan cuando ven una energia á medias, pero se someten cuando esta se presenta con entereza. Se proponian cerrar las salas en que se reunian los dos consejos, designar otros sitios para sus sesiones, y convocar á ellos á todos los diputados con quienes se podia contar y formar una lista en que estuviesen los nombres de los dos directores y de 180 diputados escogidos entre los mas sospechosos, y proponer su deportacion, sin discusion judicial y como medida legislativa extraordinaria. No querian la muerte de nadie, pero sí la separacion forzada de todos los hombres peligrosos. Han creido muchas gentes que era ya inútil aquella violencia porque intimidados los consejos con la evidente resolucion del directorio iban ya suavizándose; pero aquella impresion no era mas que pasajera. Para quien conoce la marcha de los partidos y su viva imaginacion, es evidente que si

los Clichinos hubiesen conocido que el directorio no pasaba adelante se habrían reanimado, y que en caso de contenerse hasta la nueva eleccion, hubieran redoblado su ardor cuando llegara el nuevo tercio y desplegado entonces una fuerza irresistible. Ni siquiera habria encontrado entonces el directorio aquella minoría convencional que quedaba en los consejos para apoyarle y dar una especie de legalidad á las medidas extraordinarias que se proponia emplear. Ultimamente aun prescindiendo de aquel resultado inevitable de una nueva eleccion, siempre se seguiria que de no obrar el directorio tendria precision de egecutar las leyes y reorganizar la guardia nacional, lo cual equivalia á entregar á la contra-revolucion el mismo ejército del mes de vendimiario, lo cual habria ocasionado una guerra civil espantosa entre las guardias nacionales y las tropas de línea. Efectivamente, mientras que Pichegrú y algunos intrigantes no tenian otros recursos que las mociones en el consejo de los Quinientos, y algunos emigrados ó Chuanes en Paris, habia muy poco que temer de sus proyectos; pero una vez apoyados por la guardia nacional, podian presentar el combate y principiar la guerra civil.

En consecuencia determinaron Rewbell y Larveillére que era preciso obrar sin dilacion y no prolongar por mas tiempo la incertidumbre, sien-

do Barrás el único que queria diferir todavia, y no dejaba de dar inquietud á sus dos compañeros. Siempre estaban temiendo que se entendiese, yá con la faccion realista yá con el partido jacobino para hacer una asonada, y asi le vigilaban atentamente y se esforzaban por ganar á Augereau lisongeando su vanidad, y procurando hacerle sensible á la estimacion de los hombres de bien. Pero todavia se necesitaban algunos preparativos, asi para ganar á los granaderos del cuerpo legislativo, como para disponer las tropas y proporcionarse fondos, por lo cual se difirió todavia unos dias, pues no querian pedir dinero, al ministro Ramel, por no comprometerle y estaban aguardando el que habia ofrecido Bonaparte y no acababa de llegar.

Ya hemos dicho que este habia enviado á Paris á su edecan Lavalette para que le tuviese al corriente de las intrigas, y en verdad que no le agradó nada el espectáculo de Paris y asi se lo habia comunicado á Bonaparte. Son tantos los resentimientos personales que se mezclan con los odios políticos que cuando se mira de cerca el espectáculo de los partidos causan verdaderamente hasco, llegando uno á persuadirse á que no hay en todas las discordias políticas nada generoso, ni sincero, ni patriótico en cuantos motivos dividen las opiniones de los hombres. Este era el efecto que po-

dian producir las luchas de los tres directores Barrás, Larreveilliére y Rewbell contra Barthelemy y Carnot y las de los convencionales contra los Clichinos, porque era un baturrillo espantoso en donde á primera vista parece que hacian el primer papel el amor propio y el interes ofendidos. Los militares que se hallaban en Paris aumentaban tambien con sus pretensiones las que ya estaban en escena; pues aunque irritados contra la faccion de Clichy no estaban muy inclinados al directorio, siendo de uso y costumbre el hacerse exigente y susceptible cuando uno se cree necesario. Agrupados al rededor del ministro Scherer, estaban dispuestos los militares á quejarse, como si el gobierno no hubiera hecho bastante en su favor, y el mismo Kléber, que tenia un carácter tan noble y tan intratable, de quien se ha dicho con razon que no queria ser ni el primero ni el segundo, le dijo al directorio en su language original: *Yo dispararé contra vuestros enemigos si os atacan; pero al hacerles cara á ellos, os volveré la espalda á vosotros.* Lo mismo se esplicaban Lefebvre, Bernadotte y todos los demas, lo cual observado por Lavalette, escribia á Bonaparte en términos de hacerle permanecer independiente. Desde entonces este último, satisfecho con haber dado el impulso, no quiso comprometerse mas y resolvió esperar el resultado sin escribir. Hubo pues el directorio de

dirigirse al honrado Hoche, que á pesar de ser el único que tenia derecho para estar descontento, envió 500 mil francos que componian la mejor parte del dote de su muger.

Estabamos entonces en los primeros dias del mes de fructidor y acababa Larreveilliére de reemplazar á Carnot en la presidencia del directorio, viéndose precisado á recibir al enviado de la república Cisalpina, Visconti y al general Bernadotte que traia las banderas del ejército de Italia que aun faltaban por enviar al directorio. Tomó la resolucion de esplicarse del modo mas osado para obligar á Barrás á que acabara de decidirse y pronunció dos discursos muy vehementes en los cuales respondia, sin parecer que habia hecho alto en ellos y sin nombrarlos á los dos informes de Thibaudeau y de Tronzon Ducoudray. Hablando de Venezia y de los pueblos Italianos recientemente emancipados habia dicho Thibaudeau que no quedaria fijada su suerte mientras no se hubiese consultado sobre ella al cuerpo legislativo de Francia y haciendo alusion á estas palabras le dijo Larreveilliére á Visconti, que los pueblos de Italia habian querido la libertad con derecho para dársela á sí mismos sin que se necesitase para ello el consentimiento de nadie en el mundo. — « Esa libertad, añadió, que quisieran arrebatarnos y tambien á nosotros, sabremos defenderla juntos y tam-

« bien conservarla. » El tono amenazador de aquel discurso no dejaba duda alguna sobre las disposiciones del directorio porque hombres que hablaban en aquel tono no podian menos de tener preparadas sus fuerzas. Era el dia 10 de fructidor y los Clichinos estuvieron en la mayor inquietud, pero sin dejar de pensar, llevados de sus furoros, en poner en estado de acusacion al mismo directorio. Temian los constitucionales un proyecto semejante porque conocian que esto no serviria para otra cosa mas que para hacer romper al directorio y declararon á su vez que iban á proporcionarse la prueba de la traicion de algunos diputados y pedir que fuesen puestos en acusacion. Aquella amenaza contuvo á los Clichinos é impidió que redactasen la acusacion contra el directorio.

Ya despues de largo tiempo habian intentado los Clichinos agregar á la comision de inspectores á Pichegrú y á Willot que eran mirados como los dos generales del partido; pero como aquella agregacion haria subir el número de los miembros á siete vendria á ser contraria al reglamento, y asi hubo que aguardar la renovacion de la comision que se verificaba en principio de cada mes y entonces nombraron á Pichegrú, á Vaublanc, á Delarue, á Thibaudeau y Emery. Estaba aquella comision de inspectores encargada de la policia de la sala, y era la que daba las órdenes á los grana-

deros del cuerpo legislativo, siendo en cierta manera el poder ejecutivo de los consejos. Igual ó semejante comision habia entre los Ancianos y se habia reunido á la de los Quinientos vigilando ambas en la comun seguridad. Allí concurrían una multitud de diputados por mas que no tuviesen derecho para asistir, lo cual habia venido á formar un nuevo club de Clichy donde se hacian las mas violentas y mas inútiles mociones. Por de pronto se propuso organizar una policia para que los tuviese al corriente de los proyectos del directorio confiándosela á un tal Dossonville ⁴ y como no habia fondos disponibles, cada uno dió lo que pudo aunque todo componia una suma muy reducida. Bien hubiera podido Pichegrú contribuir con una buena parte supuesto que tenia muchos fondos, pero no parece que empleó en aquella circunstancia los que habia recibido de Wickam. Los tales agentes de policia andaban por allí averiguando lo que se decia en la ciudad y venian á contárselo á las comisiones.

No se pasaba dia sin que dijese, es hoy, esta noche misma cuando el directorio debe mandar arrestar á 200 diputados y hacer que los degüellen los arrabales.— Semejantes voces asustaban á las comisiones, y el mismo susto dictaba las mas indiscretas proposiciones, que al instante pasaban á oídos del directorio por medio de sus espías añadiendo como es costumbre mucha exageracion,